Introducción de los editores

Hace ya veinte años, la Delegación de Madrid de la Sociedad Española de Estudios Clásicos dedicó su undécimo ciclo de conferencias de otoño a aquellos de nuestros maestros que, ya retirados de sus tareas docentes, por el paso implacable de los años, continuaban siendo referentes intelectuales en sus respectivos campos de especialización dentro de las cada vez más vitales (así lo percibimos) «Ciencias de la Antigüedad». Con el título de «*Magistri*. Diez lecciones sobre el mundo clásico», no solo se pretendía homenajearles sino, sobre todo, poner en conocimiento de los asistentes al ciclo e, inmediatamente y gracias a la puntual publicación del volumen pertinente, al público interesado, la espléndida y madura vitalidad de estos maestros y su capacidad para seguir presentándonos certeras reflexiones sobre los distintos aspectos de la Antigüedad.

Pasado el tiempo, y dedicados los ciclos sucesivos de conferencias (y de los libros a que han dado origen) a temas en los que siempre se ha intentado poner en relación los tiempos antiguos y los modernos y actuales, le pareció oportuno a la Junta Directiva de la Delegación madrileña regresar de nuevo a otra nueva generación de maestros para celebrar que nuestro ciclo de conferencias de otoño había llegado a la trigésima edición. De tal modo, y a lo largo de los martes comprendidos entre el 4 de octubre y el 29 de noviembre de 2022 el Museo de San Isidro de Madrid acogió a una serie de ponentes, reconocidos maestros en sus disciplinas respectivas, para que disertaran acerca de algunos de los temas predilectos que, a lo largo de los años, han marcado su trayectoria investigadora. Titulamos el ciclo «*Aedes sapientiae*: Lecciones magistrales del Mundo Clásico para el siglo XXI». Ahora se recopilan las ponencias, acompañadas de una contribución por parte del director del Museo de San Isidro que acogió, como muchos otros años, el ciclo y con todas ellas damos forma al presente volumen que, al tiempo, hace también el número treinta de nuestra serie.

La primera de las intervenciones, que es también con la que iniciamos nuestro libro, estuvo a cargo de la profesora Moure Casas, quien nos presenta un panorama de los agrónomos latinos, empezando por Catón y siguiendo con Varrón y Columela, para finalizar con Paladio. Reflexiona la autora, en sus conclusiones, acerca de la diferente recepción que ha tenido

cada uno de los cuatro autores así como sobre los rasgos comunes que presentan los mismos y que pone en relación con las características propias del género literario de la agronomía y con el origen socio-económico que comparten todos esos autores, aunque observa también las diferencias, tanto en estilo como conceptuales, que resaltan las particularidades de cada autor y de cada obra.

El profesor Bernabé analiza la personalización del concepto de Justicia (*Dike*) a lo largo de la literatura y el pensamiento griego desde su primera aparición en las obras de Hesíodo. El autor hace un amplio recorrido que abarca la poesía (Píndaro, Baquílides), los poemas órficos (con una incursión en la pintura de la cerámica apulia), la tragedia ática (Esquilo, Sófocles, Eurípides), filosofía (Anaximandro, Heráclito, Parménides), para concluir con Platón. A lo largo de su análisis podemos observar cómo todos estos pensadores van asignándole a Dike diversos papeles aunque casi siempre centrados en su carácter como divinidad/figura simbólica que legitima acciones correctas y denuncia (como ya ocurría en Hesíodo) sus desviaciones.

Al multiforme mundo del ascetismo cristiano primitivo dedica su capítulo la profesora Nieto Alba, a partir sobre todo del estudio de las mujeres, «madres» o *ammas*, que eligieron el desierto como forma de vivir su espiritualidad. Tras presentarnos el origen de esta forma de ascetismo femenino, no siempre bien valorado o comprendido por sus contemporáneos varones, muestra cómo era la vida en el desierto, sobre todo desde la perspectiva de las tentaciones, que siempre preocuparon y torturaron a ascetas de ambos sexos. La autora muestra, sobre todo, la preocupación de eremitas varones por la integridad física y espiritual de aquellas mujeres que se aventuraban en un territorio que, como el desierto, se consideraba en esencia masculino. Sendas semblanzas de Pelagia y María de Egipto concluyen el capítulo.

La profesora García-Bellido, por su parte, nos introduce en el estudio del inicio de la moneda, ese invento que, desde finales del s. VII a. C., ha definido buena parte de la historia económica mundial. Tras una serie de observaciones sobre el concepto de «dinero», término mucho más amplio y genérico que el de «moneda» con el que a veces se confunde, la autora describe distintos tipos de dineros premonetales para, acto seguido, presentar los datos materiales más antiguos conocidos de monedas. Pesos, materiales, diseños, desfilan por el capítulo si bien preguntas esenciales como quién y para qué se inventó la moneda no encuentran fácil respuesta aun cuando la autora presenta el estado actual de la investigación al res-

pecto. Tras una reflexión sobre el caso de Atenas, el capítulo acaba abordando el estudio de la moneda céltica.

El capítulo de la profesora Mendoza Tuñón se centra en un motivo literario presente en diversas tradiciones (griega, latina, eslava) que muestra a un héroe vinculado a un arado o que realiza la actividad de arar y que suele resolver los conflictos planteados. Los personajes elegidos son, para cada una de esos mundos, Ulises, Cincinato y Mikula, respectivamente, si bien luego se plantea su relación con Jasón y con el mundo germánico para mostrar su presencia en las crónicas medievales, ya cristianizadas. Aunque en cada uno de esos casos se van perdiendo y difuminando elementos, lo que permanece en todos ellos es la relación del héroe con el arado. Sugiere la autora que el origen común de todas esas tradiciones puede estar en la épica indoeuropea.

El profesor Guzmán Guerra aborda el uso que se le da a Heródoto en el Renacimiento español. Tras presentar la llegada del Renacimiento a España, con hitos señeros como la creación de la Universidad de Alcalá y la llegada de humanistas italianos, pasa el autor a analizar la presencia de Heródoto en nuestro país, en especial a partir de sus escasos manuscritos y de sus traducciones, de las cuales la primera completa al castellano tuvo que esperar hasta 1750. A pesar de ello, la huella del de Halicarnaso en autores españoles de los siglos XVI y XVII no es escasa, destacando entre ellos Juan del Encina, Sancho de Muñón, Juan Rodríguez del Padrón, Cristóbal Suárez de Figueroa, Clemente Sánchez de Vercial, Juan de Timoneda, Pedro Mexía y Lope de Vega. En distinta medida, estos autores introducen en sus obras citas y referencias a figuras históricas tomadas de las *Historias* herodoteas, descripciones de costumbres y tradiciones y otro tipo de informaciones, incluyendo referencias a guerras.

La contribución del profesor y académico García Gual aborda el enorme interés que presentan los autores y los géneros literarios griegos de época helenística, en ocasiones preteridos en los programas académicos y en la nómina de autores a tratar en los estudios de Filología Clásica. De entre ellos, reivindica la novela, hasta hace no demasiado apartada del canon griego tradicional. Y también, como indica el título de su capítulo, el autor resalta la importancia de las nuevas escuelas filosóficas surgidas de la empresa de Alejandro, cínicos, epicúreos, estoicos y escépticos, por lo general eclipsados por los filósofos clásicos pero cuya lectura aporta datos esenciales para entender ese nuevo mundo helenístico en muchas ocasiones injustamente dejado de lado. Además de su interés académico, García Gual defiende su relevancia y atractivo (pero también su actua-

lidad) para conocer ese periodo histórico de la cultura griega que fue el helenismo.

Nuestro último artículo, a cargo del Sr. Salas Vázquez, director del Museo de San Isidro de Madrid, es, a la vez, un tributo a la importante relación que une a nuestra Delegación con dicho museo, sede habitual de celebración de nuestros ciclos de conferencias desde hace bastantes años, pero también una aproximación al pasado más remoto de la ciudad que nos acoge y que encuentra uno de sus epicentros en la colección que custodia el Museo de San Isidro. En su artículo, traza el autor tanto la historia del edificio que lo alberga como el origen del museo y de sus colecciones. Entre estas destaca la prehistórica y, sobre todo, para los fines que aquí nos interesan, los hallazgos procedentes de las *villae* romanas de Carabanchel y Villaverde Bajo, estas inmensas residencias agrícolas que los grandes propietarios romanos se construían en el campo (eso era entonces Madrid) para solazarse con los bellos paisajes que las rodeaban y gozar de la contemplación de los mosaicos que decoraban sus salas nobles, como el de las «Cuatro Estaciones», una de las joyas del museo. La lectura del artículo nos depara interesantes informaciones sobre el pasado romano de la ciudad de Madrid y también los abundantes debates historiográficos que la conversión de la villa en Corte propiciaron entre los eruditos de los siglos XVI y XVII ansiosos por dotar a la nueva capital de la Monarquía Hispánica de unos antepasados clásicos ilustres.

Como podrá comprobar el lector que se acerque a esta obra, tendrá ante sí múltiples temas, sin un aparente hilo conductor común más allá de recoger una parte de la ciencia que atesoran en este modesto pero lleno de afecto «templo de la sabiduría» los diversos autores que tuvieron la amabilidad de participar en nuestro ciclo de conferencias y que ahora han dado a la imprenta sus artículos llenos de ideas y de sugerencias que, basadas en los clásicos, pueden constituir un buen *vademécum* para afrontar este cada vez más incierto siglo XXI.

Los editores.
Adolfo J. Domínguez Monedero
David Hernández de la Fuente

La agronomía en todas las épocas de Roma

Agronomy through the Ages of Rome

Ana Moure Casas
Universidad Complutense de Madrid

Resumen
Las obras de agronomía son, en realidad, obras de economía, de descripción del sector primario, que es el principal con diferencia en la Antigüedad. Comienzan muy pronto, con Catón, y tienen la peculiaridad de dar testimonio de la situación económica de todos los períodos históricos de Roma, del final de la república –Varrón–, del Imperio –Columela– y de sus finales en los límites con la Edad Media, cuando escribe Paladio. Siguiendo el curso del tiempo hablaremos brevemente de cada uno los autores de las obras de agronomía conservadas, sobre todo de sus ideas agronómicas o económicas y de su forma literaria de expresarlas, para exponer al final, a modo de conclusiones provisionales, sus características comunes que representan su aportación histórica conjunta.
Palabras clave
Agronomía, Catón, Columela, Varrón, Paladio

Abstract
The works on Agronomy are, in reality, works on Economics, describing the primary sector, which was by far the most important in Antiquity. They begin very early, with Cato, and have the peculiarity of giving evidence of the economic situation of all the historical periods of Rome, from the end of the Republic –Varro–, of the Empire –Columella– and of its end at the limits of the Middle Ages, when Palladius wrote. Following the course of time, we will speak briefly about each of the authors of the preserved works of Agronomy, especially about their agronomic or economic ideas and their literary way of expressing them, in order to expose at the end, by way of provisional conclusions, their common characteristics which represent their joint historical contribution.
Key Words
Agronomy, Cato, Columela, Varro, Palladius

1. Los autores

1.1. Catón, el que enseñó a la agricultura a hablar en latín

Su tratado es una de las obras más antiguas escritas en latín. Él fue, según dijo Columela, el que enseñó a la agricultura a hablar en latín.

De su vida se conocen muchos datos, porque Catón es el único de los autores antiguos cuya biografía se escribió ya en la propia Antigüedad, en plena época clásica y nada menos que por el mismo Cicerón y por Nepote, aparte de numerosas informaciones sobre su vida y su obra de distinta importancia de épocas posteriores. Sobre esta información abundante trabajan desde hace tiempo los filólogos, y se sabe que muchos datos forman parte de la idealización del personaje, de modo que pueden ser exageradamente positivos. Otros pueden ser exageradamente negativos, porque también tuvo detractores, como Plutarco, que consideró su biografía comparable con la de Arístides por su coherencia vital, pero también subrayó sus diferencias y sus defectos: su codicia, su dureza, su desprecio por la agricultura, su dedicación al comercio y a la usura, su avidez por la riqueza en contraste con la idea de Arístides de la pobreza como virtud[1].

Muchos de los datos que nos han llegado sobre Catón son de tipo personal, pero su obra también tuvo admiradores –Columela, Plinio el Viejo, que la utilizó como fuente de los libros de *Agricultura* de su *Historia Natural*, o los anticuarios del s. II y gramáticos que se sorprendían de su lengua– y también tuvo algunos detractores –Varrón, que lo trata con respeto, en algunos pasajes ridiculiza algunas normas catonianas, como la de tomar lechuga para prevenir la borrachera–. De los datos personales, algunos no tienen mucha importancia para esta charla, pero muestran el detalle con el que se transmitió, por ejemplo, su físico –pelirrojo, de ojos claros y fornido–. Otros dejaron más huella, como su afán por educar él personalmente a su hijo –algo que no era, en absoluto, lo normal en una época en la que incluso se había visto como excepcional el hecho de que la madre de

[1] Nos han llegado obras como la de Cicerón, *Cato Maior de senectute* (unidos ambos por ser *homines novi*, o sea, de origen no aristocrático, cosa que llevaban con orgullo), la de Cornelio Nepote, fragmentaria y posteriormente la de Plutarco, en lengua griega, donde lo enfrentó a Arístides. Además, se conservan citas de distinta extensión, algunas notablemente largas y múltiples referencias en autores de toda época, hasta el final de la Antigüedad. Su progresiva idealización fue debida a Livio y a Plinio el Viejo. Pero se encuentran referencias a él en muchos otros autores (Aulo Gelio, Valerio Máximo, Quintiliano y en autores tardíos).

los Graco hubiera hecho otro tanto–. Para él escribió unos preceptos, hoy perdidos, que han pervivido en el nombre del «Catón» que se da todavía a los libros instructivos de la infancia[2].

Aquí vamos a recordar solo algunos hechos más representativos de su vida o más relacionados con su obra de agricultura.

Nació en Túsculo en el 234 a. C., de origen plebeyo[3]. Su padre tenía unas tierras que cultivaba directamente, en las que trabajó el propio Catón hasta que a los diecisiete años se alistó para participar en la guerra contra Cartago, en la Segunda Guerra Púnica. Fue destacado a Sicilia, donde debió de permanecer alrededor de siete años y donde quizás aprendió griego –otras fuentes, como Cicerón y Quintiliano, afirman que estudió el griego de viejo; o que se lo enseñó Ennio, cuando Catón pasó a Cerdeña; pero tampoco es incompatible que lo perfeccionara en distintos momentos[4]–.

Llegó a ser cónsul (195), y como cónsul cumplió misiones importantes en España, tanto de pacificación como de organización de las minas de hierro, plata y sal del norte del Ebro. Participó en la expedición contra Antíoco III, rey de Siria (191) y, según Plutarco, pasó una temporada en Atenas, donde pronunció un discurso en latín. De regreso a Roma parece que fue el principal instigador –según Livio y Gelio– del llamado «proceso contra los Escipiones», en el que se acusaba a Escipión Asiático e incluso al Africano, vencedor de Aníbal en Zama, de malversación de fondos públicos, por no hacer las cuentas claras al Senado de una importante suma de 500 talentos que les había entregado el rey Antíoco[5].

---

[2] Sin embargo, parece que hubo algunas sombras, a juicio de las fuentes, por su enfrentamiento en la vejez, ya viudo, con su hijo –Catón Liciniano–. Su imagen de buen paterfamilias pudo recibir críticas por su amancebamiento con una joven esclava y su casamiento, con unos 85 años, con otra mujer joven, hija de un cliente, de la que tuvo otro hijo –Catón Saloniano, futuro abuelo del conocido como Catón el Joven o de Útica. Se nota que ya en la Antigüedad se buscaban las fisuras de personajes que habían sido idealizados.

[3] Tal procedencia social es un dato importante desde el punto de vista sociológico romano, donde las barreras sociales dificultaban o impedían que el plebeyo tuviera acceso a las magistraturas –recuérdese cómo todavía Salustio menciona en la *Conjuración de Catilina* 31,7 los reproches de este último a Cicerón al que llamaba «inquilino de Roma», y el odio que le profesaba la clase aristocrática (23,6 *invidia aestuabat*) hasta que vio en él la única defensa posible del Estado y de su posición.

[4] Su antihelenismo tampoco es incompatible con el empleo en su obra de agricultura de términos griegos –tecnicismos que no tenían un buen equivalente en latín–.

[5] Sus luchas políticas contra la familia aristocrática y filohelénica de los Escipiones

Alcanzó la más alta magistratura, la de censor, en el año 184, fecha importante porque solo dos años antes se había publicado el Senado Consulto de las Bacanales. De esta etapa se conocen algunas medidas, como el establecimiento de un impuesto sobre los artículos de lujo, la prohibición de desviar el agua de los acueductos para usos privados, la de construir casas particulares sobre terreno público, la de tener las tierras abandonadas y otras referentes a la invasión de las nuevas costumbres. Le quedó por ello el sobrenombre de *Censorius.*

Después de su último viaje a Cartago –posiblemente hacia el 153– aconsejó al Senado la destrucción de Cartago, que se estaba rehaciendo de la derrota. Algunos historiadores (Kovaliov) señalaron que Catón –que no llegó a ver la destrucción de Cartago (146)– siempre había defendido que se destruyera. Como representante de una nueva clase social de propietarios esclavistas, defendía sus intereses y los de su clase cuando propugnaba una política de conquista total para aumentar el número de tierras cultivadas, mientras la clase aristocrática de los Escipiones, que ya tenía esas tierras desde siempre, no estaba interesada en la misma política exterior de los «nuevos ricos», como Catón.

Esta opinión puede servir de punto de partida para conocer el contexto histórico. Pero de las obras de Catón y, en particular, de su obra sobre agricultura no se deduce tanto.

1.2. La obra de Catón

El *De Agricultura* de Catón plantea muchas incógnitas. Una de ellas, su estructura. Nadie ha sido capaz de encontrar cuál es el hilo conductor o el orden de los capítulos. Solo los primeros, que tratan de los preparativos para instalarse como agricultor y varios grupos de capítulos aislados –sobre el vino, el aceite o las conservas– guardan un orden, pero incluso dentro de estos grupos se incrustan otros cuyo contenido no tiene ninguna relación. Por ejemplo, entre los pasajes dedicados a vinos medicinales se incluye uno en el que se recomienda que los perros estén encerrados durante el día para que por la noche resulten más fieros al soltarlos. Hay capítulos repetidos, sin que se puedan atribuir directamente a problemas de desorden de cuadernillos en la transmisión, porque también hay otros capítulos, casi repetidos, pero no iguales.

---

son un dato que importa destacar en una persona que partía de una clase social plebeya. Pero se limitaron a los miembros de esta generación; con la siguiente incluso llegó a emparentar ya que su hijo se casó con una hija de Paulo Emilio.

Por citar algunas hipótesis autorizadas para explicar este desorden, se ha propuesto que fue concebida como una obra unitaria sin ser toda ella auténtica. Se ha pensado que, al menos, no serían originarios de Catón, sino fruto de reelaboraciones posteriores, los capítulos repetidos (así lo considera Mazzarino, su editor de Teubner). Otros suponen que es un conjunto de notas en estado bruto, parcialmente clasificadas, porque a Catón no le dio tiempo a ordenarlas (así opina Goujard, su editor de Les Belles Lettres).

También se ha tratado de compatibilizar en lo posible las dos hipótesis formuladas. De hecho, los continuadores de Catón nunca manifestaron que fuera una obra desordenada. Aunque este es un argumento *ex silentio* del que poco se puede concluir, una prueba clara de que los sucesores de Catón no vieron ningún desorden en la disposición de los temas iniciales se halla en el hecho de que todos ellos repitieron en sus obras esta misma estructura inicial.

Por otra parte, sabemos que Catón fue un hombre de acción, sin tiempo –ni ganas– para el perfeccionismo y con deseos de recopilar textos breves y útiles: colecciones de máximas, preceptos a su hijo, recetas medicinales[6]. Su *De Agricultura* debió de ser concebida como otra obra útil. Su Prefacio muestra que la ideó como una obra unitaria, pero alude muy poco a los capítulos que le siguen. Es muy general y poco comprometido, aunque tiene mucho interés, porque plantea qué se puede esperar de la agricultura a efectos de rentabilidad material e inmaterial. A continuación del Prefacio escribió los primeros capítulos y ahí terminó por la razón que sea; los demás quedaron en estado de material en distinto grado de elaboración.

En suma, hay certeza de que es auténtica en lo fundamental, pero, a los ojos de un lector de hoy, profundamente desordenada. No se sabe cuándo la escribió, probablemente en varias épocas de su vida, lo que explicaría en parte su desorden, y fue publicación póstuma. Tampoco la lengua ayuda a precisar su época, porque los autores que la citaron en la Antigüedad, la modernizaron, empezando por Varrón, que a pesar de su afición por las antigüedades, llegó a suprimir sus yuxtaposiciones[7]. Se conservó su

---

[6] A sus discursos, Cicerón –*Brut.* 17,65– les aplica el calificativo de *horridulae* y Gelio 6,3 dice que «todo podría expresarse de una manera más ordenada y elegante, pero no más enérgica y viva».

[7] Si se compara con textos coetáneos, como el Senado Consulto de las Bacanales (186 a. C.: Catón tendría unos 50 años), en el texto de Catón hay muy pocos arcaísmos –especialmente fonéticos y morfológicos–. La modernización de su texto por Varrón –y quizás por otros – fue anterior al movimiento de los anticuarios latinos.